

—¡Van a oír!... <Aterrada.>

—¡Adiós!... <A traición.>

—¡No seas así!... <Desconcertada.>

Sonó un beso furtivo, y como su epílogo, estas palabras:

—¿Ya ves por qué no me gusta hablar por la ventana?

.....

.....

¡SI LA NIÑA SUPIERA!

I

Los niños no habían querido ir a merendar al comedor, la vasta pieza era muy fría, molestábales el intenso chorro de luz de la lámpara del centro, y además, les producía un miedo profundo atravesar para llegar hasta él algunas piezas oscuras. En una de ellas estaba la cama y demás muebles que usara en vida su madre, muerta hacía unos pocos meses. Le habían cambiado alfombras, tapicerías, todo, y sin embargo, el olor que nadie notaba, lo notaban ellos, el terror daba a sus olfatos una sensibilidad tal, que percibían una cantidad imponderable de ácido fénico, y el ácido fénico olía a muerto. Así es que las niñas Adela y Marta con Luisillo el diquitín, se quedaban en un cuarto, acompañadas por las criadas. Tendíase una servilleta en una mesita baja, de costura, y ahí se les servía el café, en tanto que el diquitillo se solía quedar dormido sobre la alfombra, con

la cabeza sobre un cañón de resorte, aplastando un ejército de plomo, y enredados los pies con la cuerda de saltar de sus hermanas.

Todas las noches, desde las ocho, era la misma tarea: acostar a los niños, pero éstos no transigían con entrar a la cama hasta que el sueño materialmente los vencía. De otra manera, fingían dormirse, pero apenas apagada la vela, pedían luz, llorando; entablaban conversaciones bajo las colchas, se sobresaltaban de todos los ruidos e interrumpían su sueño pesadillas y malestares inexplicables. Las criadas sacaban a colación estúpidamente el relato de los *cocos* y *viejos* que habían de cargar con ellos, y la inquietud de su miedo infantil se tornaba en un verdadero terror que se resolvía en llanto.

Nadie sospechaba de aquella servidumbre estúpida, que no era un capricho de niño el no poder dormirse. Las criadas habían olvidado que Adela, dadas las siete de la noche, con una solicitud de madre buena iba y venía, tendiendo las camitas con las sábanas más blancas y los almohadones más mullidos, que ella en persona servía el café a todos, que acababan por tomarlo en sus rodillas, jugaba para entretenerlos y les contaba cuentos, y después los desvestía uno por uno, les ceñía con el brazo el cuerpecito, y así, en paños menores, los persignaba, los arropaba bien y dejaba un beso en cada una de las frentes de sus hijos, encendía la veladora, y los pequeños, arrullados por el cariño, sabiendo que a un paso la madre leía el periódico, ni soñaban vestiglos ni los tenía insomnes el miedo.

Ellos no se lo explicaban quizá, pero eran preciosos muchos días para que olvidaran aquellos juegos, aquellas noches y aquel afecto. Y hasta el diquitín que hablaba apenas, buscaba por instinto su regazo, y al no hallarlo, se conformaba con cabecear, pero asido a las faldas de Adela chica y Marta.

—¿Te acuesto, *nene*?

—No.

—Ya pitaron los gendarmes.

—Pero si no tengo sueño.

—Anda, te acuesto, si no viene el *pobre* y te lleva. . .

—¡No!

—Anda, Adela, acuéstense ustedes para que el *nene* se duerma.

—Yo no me he de acostar hasta que no venga mi papá.

—¡Qué esperanza! ¡Sabe Dios hasta qué horas llegue!

—¡Masquel!

—Luego viene y si sabe que han estado despiertos se enoja. Anda, te meteré a la cama y cuando toque yo te despierto para que lo oigas llegar.

—Bueno, pero me despiertas, ¿eh? y le dices que desde a las ocho nos acostamos. . .

—¡Zas, a dormir todos! Y en un momento volaban los trajecitos de merino negro de las camas a las sillas, y se hacía en la pieza el más profundo silencio.

—¿Ya te dormiste?

—No, ¡y tú?

—Tampoco, no tengo nadita de sueño.

—Cállense, porque si hablan *recuerdan* al *nene*, que ya se empezaba a dormir, y luego empieza con que lo pasen a su cama.

La criada se envolvía la cabeza con el rebozo, apoyaba la espalda en la pared y con la cabeza para arriba, poníase a roncar con las más democráticas notas. Sin abrir los ojos, automáticamente se espantaba los moscos o se rascaba furiosamente en los muslos las pulgas que se le subían de la alfombra. Solían irse a la otra pieza, encender una vela de cera que producía intensa luz y rezar un triduo, rosario o novena, que concluía siempre con un *sudario* por la *niña* Adela.

Aquel rumor de oraciones en el mudo caserón, aquellas piezas vacías, los niños incorporándose en el lecho para verse unos a los otros, los trajes de luto, todo el cuadro tenía un sello de tristeza mortal, como si hubiese sido aquel palacio antes tan alegre, tan callado hoy, el teatro de alguna tragedia de amargo desenlace.

Con razón el marido no podía permanecer ni un solo día en aquella casa enorme, la soledad lo ahuyentaba sabe Dios dónde; dejaba a los hijos al cuidado de los criados, y diríase que un remordimiento lo asaltaba al entrar a la asistencia, cuando parecía sonreírle con sonrisa de novia el retrato de Adela con su traje de desposada. Acabó por quitarlo de ahí, substituyéndolo por un grabado que representaba el episodio de una cacería.

Al llegar a su casa en la alta noche, al hallar todos los mecheros de gas encendidos, pero todas las puertas cerradas, al mirar al portero desvelado, abrirle sin rumor, era presa de la sensación del vacío, un irremediable vacío, penetraba de puntillas por la puerta que le dejaban enternada y cenaba solo en aquel vasto comedor, en cuya mesa faltaba un cubierto, el de aquella que sabía esperarlo hasta la madrugada sin un gesto, sin un reproche, pero más pálida, más flaca y más enferma cada día.

Extrañaba su voz y acababa por alejar con repugnancia una cena que olía a manjares entibiados en el rescoldo. Al pasar por la pieza, al mirar que los niños dormían, se tranquilizaba, apagaba las luces y se arrojaba al lecho, un amplio lecho de pabellón azul, sin conciliar el sueño, pensando en lo triste que es una vida de viudo, aunque el amor no una su nota idílica al pesar de haber perdido a una esposa.

No, los niños no dormían, apenas pasaba, entornaban los ojos sin chistar, oían todos los ruidos, el dío que del reloj en el mármol del buró, el caer de los

zapatos, el mueble de noche depositado debajo de la cama y hasta el soplo que apagaba la vela, seguido del crujir de la cama.

Solían decirse con un acento que helaba y en voz muy baja:

—Hoy no nos hizo cariños.

—¡Si la niña supiera!... solían decir las criadas.

—¿A dónde irá el patrón?

—Pos al café, al billar, al teatro.

—¿Cómo, haciendo tan poco que murió la niña?

—No, tú, pero es hombre. Siempre los señores tienen que hacer. Cómo se había de estar aquí encurrido fastidiándose. Si viene a deshoras, pues es porque ve tú a saber... Luego los trabajos lo tienen a uno hasta la madrugada. Cuando la niña vivía, era lo mismo, pero ella sí, ahí en ese sofá se pasaba las horas enteras cabeceando hasta que él llegaba. Y no creas, se enojaba de verla despierta, pero se lo decía: No puedo dormir tranquila hasta que no llegas... Y le baba su cena, le tendía la cama, todo. ¿Qué crees que no se le hace pesado llegar y no encontrar ni alma? ¡Podre niña Adelita! Dios la tenga en su gloria.

Esa sí que se fué derechito al cielo. A mí las que me dan lástima son estas pobrecitas inocentes, porque al fin él es hombre y los señores con cualquiera cosa se distraen.

II

Aquella noche habían dado las once. Seis veces había pronunciado la paciente Ambrosia aquello de: Pues están ustedes para bien saber y yo para mal contar, que este era un viejecito, muy pobre, muy pobre, que tenía una hija muy bonita, muy bonita, güerita, que se llamaba «Flor de Nieve»... Seis

cuentos que formaban el repertorio de la cuidadora, tuvieron boquiabiertos a los tres muchachos. Luisillo se dormía con un cuerno de rosca entre las manos. Secábase el chocolate frío en las tazas; quedaba muy poco de la vela, y fuerza era ya acostar a las criaturas, que como de costumbre, rebeldes al sueño, pugnaban por no entrar al lecho.

Durmiéronse pronto... y fueron tema de conversación de Ambrosia y Tules, los díceres del portero, a quien un caballero había contado que la criada de una persona le había dicho que el señor andaba por ahí haciéndole figuras a una que por cierto no servía ni para descalzar a la niña Adela (que en paz descance), pues era cómica.

Con razón volvía el señor tan noche, si estaba tomando copas con ella en la fonda. El portero juraba que todas las noches, poco antes que el patrón entrara, se paraba un coche en la esquina, y le había pasado que todo el rato que estaba ahí, el señor como que se despedía de otra gente.

—A mí me da mala espina, Tules, todo eso.

—Ya lo creo, doña Ambrosita...

—Si el señor se casara, pobres de estas criaturas.

Ya no era tiempo, las tres criaturas, con los ojos azorados, estaban sentadas en las camas; no dijeron una palabra, nada comprendían de todo aquello, pero algo íntimo, algo instintivo les hizo que se soltaran llorando.

—Ahora sí... ¿Qué tienen ustedes? ¡Vaya unos niños! Si no se callan apago la vela y me voy. Arrópanse y duérmanse... o se los lleva el pobre y viene el muerto a jalarles los pies.

Apenas se oía como ese hipo que sucede al llanto debajo de las colchas.

Allá muy tarde se oyó rodar un carruaje, que se paró en la puerta, tocaron el zaguán: era el señor, que subió como de costumbre, encargando que eda-

ran el cerrojo y apagaran el gas. Al entrar a las piezas dejaba una estela de perfume, quizá el de un pañuelo que traía en la mano. No quiso cenar y al atravesar por la pieza tocó la frente de los niños que se hacían los dormidos.

—¿A qué horas se acostaron?

—Ya hace mucho.

—¿Ha seguido mejor Adela de la tos?

—Sí, señor, se le ha quitado con el azufre.

—Hasta mañana.

.....
—¿Qué le dije, doña Ambrosita?

—¿Qué?

—Me acaba de decir Tomás que venía en el coche con una...

—¿Oiga?

—Que dízque le dijo al despedirse «¡Adiós, tú...»

—¡Si la niña supiera!

Entretanto los niños... ¡Aquella noche les había hecho un cariño su papá, y sin embargo seguían llorando!



UN OLVIDADO

A Francisco de Anda.

El peristilo estaba casi desierto. Dormitaba el recogedor junto a la caja de los boletos, envuelto el cuello en una bufanda y con los brazos cruzados beatíficamente sobre el abdomen. En la Contaduría, vivamente iluminados por un quinqué, el dependiente y un actor que no trabajaba, parecían contarse algo muy interesante. Dos o tres revendedores husmeaban al comprador o donante de una *vuelta*, y un desdichado, de rodillas en el suelo, doblaba los grandes anuncios de la función próxima. Todo parecía dormir en aquellas altas horas, y a veces de cuando en cuando se escapaba del salón el eco lejano de un aplauso o dos o tres notas de una frase musical. Dos individuos vagaban como moscas desveladas; el uno releía por vigésima vez el reparto de la ópera de aquella noche, y el otro pasaba revista a los retratos

de la *troupe*, deteniendo su mirada en cada uno de ellos largo rato.

Una pisada, un silbido del gas, un mozo que bajaba las escaleras de la galería, resonaban en el silencio con gran sonoridad, mientras afuera, bajo el dardo fino de una lluvia tenaz, los caballos de los coches piafaban, sacudían las cabezas haciendo resonar las cadenas de sus arneses, o cesaba su inquietud tras un latigazo o un *¡oh!* disgustado del cochero.

En la cantina casi no había gente, allá, en un rincón, un viejo americano leía un periódico frente a un vaso de cerveza Pilsner, recargados al alto y tallado mostrador de nogal y mármol, tres individuos medio iluminados concluían la quinta copa, agarrábanse de la barandilla, abrazábanse por el cuello tambaleándose de cuando en cuando, mal puesto el sombrero, desvelados, vaga la mirada, torpe el ademán y pastosa la palabra.

- Yo pago. . . .
- No, hombre. . . .
- Que yo pago. . . .
- Favor de que a mí me toca.
- No, a mí.
- Pues entonces a ver qué toma.
- Hombre, ya es mucho.
- ¡Qué mucho! A ver, mozo.
- ¿Qué toman ustedes?
- Lo mismo.
- Dos coñacs y un wiskey.

Casi perdidos en la sombra platicaban dos sujetos, un borrachín que gorreaba copas en todos los billares, cantinas y tiendas, y el mismísimo Menocal, de gratos recuerdos en la crónica teatral.

Nadie lo hubiera conocido con aquel sombrero de pintor italiano, de anchas alas, anteojos de oro y enormes patillas grises y revueltas, había engordado mucho y parecía descuidar el aseo, una camisa blanda

por el uso, abrochada con un botón de acero, sin ribetes y con los ojales rotos el chaleco, y una gran levita de amplios faldones, chorreada de grasa en las solapas. Y aquel era el hombre fino, aquel el gentleman correctísimo, el héroe de galantes aventuras en sus buenos tiempos, en aquellos tiempos en que desde la escena hacía conmover los corazones de pudibundas doncellas y mujeres formales. Si lo hubieran señalado, nadie hubiera creído que aquel Menocal aventajado y sucio, era el mismo cuyo nombre aparecía en grandes cartelones, se leía en todas las revistas y era en los labios de un público que él había fascinado, símbolo de arte y de talento.

Hay gentes que recuerdan la voz del sublime tenor, y se enternecen todavía tarareando algún compás de ópera antigua, que les trae a la memoria un teatro pleno, un actor idolatrado y un verdadero frenesí de los que suspensos oían con toda el alma una nota filada delicadamente, un trino de cristal o un crescendo rumor de tempestad que provocaba ardiente, loca explosión de aplausos que sofocaban las diapasenas entusiastas de la orquesta.

¡Ay! ¡Pero las laringes y la gloria viven lo que las rosas: un solo día! Sean los excesos, sea el alcohol, el cansancio, la edad, fueron suprimiendo las notas aterciopeladas, la agilidad, la dulzura de aquella voz, para la que faltaron epítetos a los cronistas de la época.

No supo morir, no se separó de la escena a tiempo, no enmudeció en ese cuarto de hora que decide de la celebridad perpetua, sino que hizo palpar su decadencia el gran interpretador de trágicos tipos, diciendo romancitas sentimentales en conciertos sin público, en reparticiones de premios y en veladas caseras. ¡Ah! los que así degeneran, causan la impresión de un Homero, que tras la Iliada, se pusiese a componer pedestres epigramas, un Ticiano, a iluminar grabados de periódico, y un Miguel Angel a mo-

delar ratoncitos de migajón. Y después de maestro de solfeo, de director de coros escolares, fué poco a poco caminando a ese destierro, a ese ostracismo cuyos sentenciados se ven humillados por los más imbéciles empresarios, se les relega al olvido de una casa de vecindad, ahí en ese último refugio, donde la nostalgia del arte es una enfermedad de muerte.

Pero, a pesar de todo, quedábale un consuelo: el lejano reflejo de los triunfos pasados, la evocación de verdaderas apoteosis y el respeto de algunos rarísimos devotos que lo saludaban con respeto, diciéndole que como él no había pisado otro escenario.

¿Hablarían algo de aquello en la mesilla de la cantina, frente a la esmeralda pálida de un *Pipermint* con *Seltz*? Quizá, porque el viejo Menocal discutía en voz baja, sólo sonreía con burla y mal disimulaba en algunos momentos una amargura que se pintaba en el pliegue de su boca amoratada.

Aquella noche se estrenaba un joven tenor. . . . un tenor bonito: hermosos ojos, una barba nazarena blanca y sedosa, muy blanco y con unas magníficas pan-torrillas, no tenía mala voz y sí poseía un buen registro agudo, dicen que era distinguido en sus maneras, no carecía de *vis cómica*, y, sobre todo, cerraba los ojos de un modo romántico, casi arrobador, en los *dolces*.

Por él estaba el teatro pleno.

Concluyó el primer acto, encendíanse los cigarros a la salida, y un verdadero alud acudía a la cantina, los tres mozos y el dueño, encasquetado el rojo *tarbuch*, podían apenas servir, haciendolo de prisa. Y en aquel vaivén, en aquel rumor sordo del que se destacaba el duchazo de los sifones, el agitar de las cucharillas y el chocar de copas y vasos, dominaba el nombre Cochini, del debutante. ¡Qué voz, oh, qué voz. . . . qué voz! Y cerraban los ojos para elevarlos después al cielo, como si con ello quisieran con-

memorar los acentos de ángeles y serafines!

—Jamás hemos oído cosa igual. . . .

—No, si es sencillamente sublime.

—¡Y qué ovación!

—¡Ah, esta escuela moderna!

—Jamás. . . . mucho he oído, murmuraba un viejo, pero como este. . . .

—Sí, amigo, hubo uno mejor. . . .

—¡Ah, ese sí que era cosa buena, todavía me acuerdo. . . . Menocal!

Y Menocal a un paso cerraba los ojos, limpiaba precipitadamente sus quevedos, y como si fuese vergonzosa debilidad un arranque de amargura y gratitud a la vez, se restregaba los párpados como si se le humedeciesen por la intensa luz del reflector, pero nunca por las lágrimas. Su disimulo era inútil, porque nadie, ninguno de aquellos lo hubiera reconocido: eran de otra generación.